

## RECUERDOS

## LA DE WINTERHALTER

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO  
CONDE DE CANILLEROS

**L**a Emperatriz Eugenia pagó con la moneda de la popularidad a su pintor de Cámara. Mientras muchos artistas de la misma talla que Winterhalter son conocidos tan solamente de los grupos eruditos, el nombre de éste pasó al dominio público, por haber realizado los más hermosos retratos de la Emperatriz. La soberana y el pintor están en paz: él inmortalizó en sus lienzos la belleza deslumbrante de Eugenia de Montijo; ella hizo su nombre popular en el mundo.

Desde muchacho conocí y admiré la hermosura de la Emperatriz, a través de las infinitas reproducciones de sus retratos. Su novelesca historia, girando toda en torno a su belleza era un ensueño romántico, que sólo podía concebirse plásticamente, ante los cuadros de Winterhalter. Viéndola allí, se comprende toda la vida de la muchacha andaluza que subió las gradas del trono de Francia de la mano de Napoleón III. Para el mundo no puede haber más que una Emperatriz Eugenia: la de Winterhalter.

Ese fué mi concepto cuando era muchacho y cuando supe que aún vivía, ancianísima, la que consideraba lejano tema de tonadillas y romances.

Durante mis estudios universitarios en la Corte, me dijo un día el Duque del Arco:

—Está en Madrid la Emperatriz Eugenia, en el Palacio de Liria, con mi primo, Alba, pues, como sabes, es tía de él, hermana de su abuela paterna

El Duque del Arco, Manolo Falcó y Alvarez de Toledo, era primo hermano del de Alba: la madre de éste y el padre de aquél, hermanos. Manolo era hijo primogénito del Marqués de la Mina y nieto primogénito de la Duquesa de Fernán Núñez, cuya casa estaba muy vinculada en Extremadura mi región. La Mina se había presentado algunas veces para diputado a Cortes por Cáceres, mi ciudad. Unía a su familia y la mía buena amistad y hasta algún lejano parente

co. Por todo ello, frecuentaba en Madrid su casa, y en ella conocí al Duque de Alba, que era, como el del Arco nieto de la Fernán Núñez.

Manolo me había hablado en varias ocasiones de ir al Palacio de Liria, que yo no conocía. Después de darme la noticia ya consignada, agregó:

—Podemos aprovechar la ocasión: vamos un día a visitar a Alba, y así ves el Palacio y conoces a la Emperatriz.

Confieso que me causó verdadera emoción la propuesta. Eugenia de Montijo era para mí un personaje irreal, legendario; un hermoso recuerdo histórico. Me parecía imposible que yo un jovencuelo, pudiera ver con mis propios ojos a aquella soberana que deslumbró con su belleza desde un trono, cuando apenas habían nacido mis abuelos.

Acepté entusiasmado la propuesta.

Una tarde llegamos al Palacio de Liria. Nada puedo contar de cuanto vi allí, ni de las personas que había, ni de lo que se hablara. Todo se borró, o no llegó a grabarse, porque quedé sobrecogido, emocionado, cuando estuve ante la Emperatriz y besé su mano. Mis ojos, muy abiertos recogían con asombro los perfiles de aquella anciana desprovista de toda belleza, huesuda, con gesto un poco duro, que se mantenía erguida, sentada en un sillón como si se aferrase a la idea de imponer con su presencia el acatamiento a la majestad imperial. En un cuadro colgado en un muro, estaba la otra, la de Winterhalter, bellísima, deslumbrante, suave, maravillosa... ¿Cuál era la Emperatriz? No había que dudarla: la de Winterhalter.

Mis ojos iban del cuadro a la anciana, del ensueño ideal a la realidad decepcionadora.

Salí del Palacio de Liria bajo el peso de una de las emociones más grandes de mi vida; una emoción en la que se mezclaban la alegría de haber conocido una figura histórica de primer orden y la tristeza de comprobar—un poco a lo Duque de Gandía en el romance del de Rivas—en lo que para la belleza humana. Daban vueltas en mi cabeza nombres y nombres: Napoleón el Grande, La Emperatriz Josefina, la reina Hortensia de Holanda—hija de la anterior y madre de Napoleón III—Austerlitz, Waterloo, Versalles, y Sedán...

Muy poco tiempo después, el 11 de Julio de 1920, en aquel Palacio de Liria a los noventa y seis años, murió la Emperatriz. Yo llegué a la Corte, de paso, el día siguiente al de su fallecimiento. Mezclado entre el inmenso gentío, vi su entierro cruzar por la Plaza de España, camino de la Estación del Norte, ya que iba a ser trasladada a Inglaterra, para recibir sepultura junto a su esposo el Emperador Napoleón III y su hijo único el príncipe imperial.

El entierro era solemne e impresionante. Carrozas, clero y personajes, formaban una estampa grandiosa y policroma, bajo el azul cielo estival del atardecer madrileño, en un Madrid pleno en el esplendor de una Corte con reyes, infantes, senadores y alabarderos.

He de confesar que otra vez estaba, como en el Palacio de Liria, verdaderamente emocionado, viendo el paso de aquel cortejo involu-

dable, pero aquí no había ya, como entonces, duda posible entre dos emperatrices, la del sillón y la del cuadro. La emperatriz había muerto. Su cadáver iba en aquella caja que veía cruzar. Sin embargo, en mi emoción flotaban, por conceptos distintos, los mismos contradictorios sentimientos que el día de mi visita, la pena y la alegría: la que iba en aquella caja, para ser sepultada en Inglaterra, la que había muerto, era la anciana que yo ví; pero, deslumbrante de hermosurr y de juventud, para admiración de futuras generaciones y tema de historias, tonadillas y romances quedaba viva por toda una eternidad, como gala del mundo, la otra, la Eugenia de Montijo inmortal, la de Winterhalter.

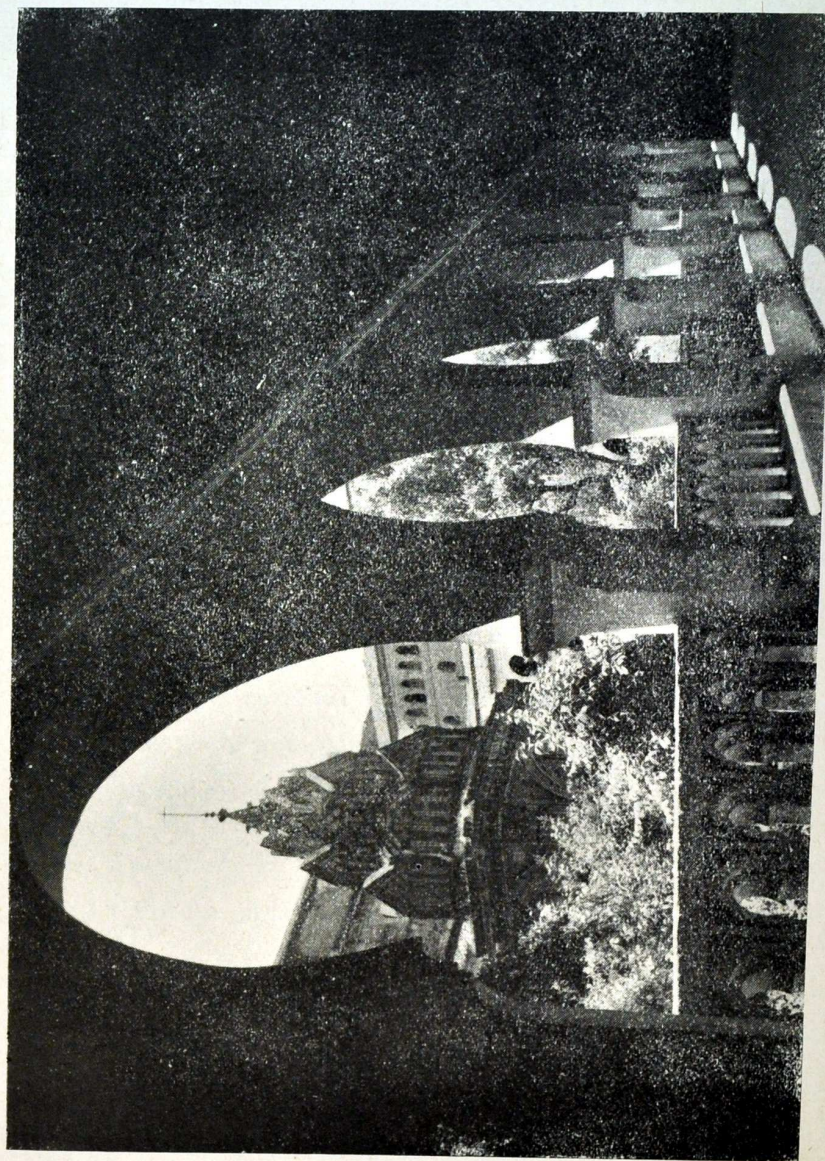


### 3 ESCRITORES 3 EXTREMEÑOS

(Micael de Carvajal, José Cascales Muñoz, José López Prudencio, por Francisco Elías de Tejada.

Volumen IX de la Colección de Estudios Extremeños publicados por los Servicios Culturales de esta Excma. Diputación Provincial.

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES  
LIBRERIAS DE CACERES



ALBUM EXTREMEÑO.—Un aspecto interior del Monasterio de Guadalupe. (Foto Javier)